

Y con sus niñas al lado,
 Angeles en alma y cuerpo.
 Mirando allí el infelice
 Aún perseguirle el espectro,
 Que en asilos no repara,
 Coge en sus brazos de presto
 A doña Beatriz, que apenas
 Cuenta seis años completos,
 Hija por quien el Rey tiene
 El más cariñoso extremo.

Pero, ¡ay! de nada le sirve...
 En vano allá en el desierto
 Con la cruz santa se abraza
 El peregrino, si recio

Brama el sur, si arde el espacio,
 Si olas de arena, creciendo
 Mar espantoso, confunden
 La baja tierra y el cielo.

Con la niña entre los brazos
 Y de rodillas, el pecho
 Traspasóle furibunda
 La daga del rey don Pedro.

Cual si no hubiese en palacio
 Nada ocurrido de nuevo,
 Se asentó el Rey á la mesa,
 Como acostumbra, comiendo,

Jugó en seguida á las tablas,
 Salió despues á paseo,
 Fué á ver armar las galeras
 Que han de ir á Vizcaya luégo;

Y en cuanto cubrió la noche
 Con su manto el hemisferio
 Entró en la torre del Oro,
 Donde tiene en un encierro

A la linda doña Aldonza,
 A la cual del monasterio

De Santa Clara ha sacado,
 Y á la que idolatra ciego.
 Fué un rato á hablar en seguida
 Con Leví, su tesoro,
 En quien tiene su privanza,
 Aunque es un infame hebreo;
 Y muy tarde retiróse
 Sin más acompañamiento
 Que un moro su favorito,
 Hombre bajo por supuesto.

Entró en el tranquilo alcázar,
 Llegó al vestibulo excelso,
 Y en él paróse un instante
 La vista en torno moviendo.

Una lámpara pendiente
 Del artesonado techo
 En derredor derramaba
 Ya sombras, y ya reflejos:
 Entre las tersas columnas
 Dos hombres de armas, dos negros
 Bultos paseaban solos,
 Vigilantes y en silencio;

Y en tierra aún tendido estaba,
 De un lago de sangre en medio,
 El maestre don Fadrique
 En su roto manto envuelto.

Se acercó el Rey, contemplóle
 Con atencion un momento,
 Y notando que no estaba
 Del todo su hermano muerto,

Pues aún respiraba acaso
 Palpitante el hondo pecho,
 Le dió con el pié un empuje
 Que hizo estremecer el cuerpo;

Desnudó la aguda daga,
 Al moro la dió, diciendo:
Acáballo, y sosegado
 Subió y entregóse al sueño.



EL FRATRICIDIO

ROMANCE PRIMERO

EL ESPAÑOL Y EL FRANCÉS

«Mosen Beltran, si sois noble
 Doleos de mi señor,
 Y deba corona y vida
 A un caballero cual vos.

»Ponedlo en cobro esta noche,
 Así el cielo os dé favor;
 Salvad á un rey desdichado
 Que una batalla perdió.

»Yo con la mano en mi espada,
 Y la mente puesta en Dios,
 En su real nombre os ofrezco,
 Y ved que os lo ofrezco yo,

»En perpetuo señorío
 La cumplida donacion
 De Soria y de Monteagudo,
 De Almansa, Atienza y Seron.

»Y á más doscientas mil doblas
 De oro, de ley superior,
 Con el cuño de Castilla,
 Con el sello de Leon,

»Para que pagueis la hueste
 De allende que está con vos,
 Y con que fundeis estado
 Donde más os venga en pro.

»Socorred al rey don Pedro,
 Que es legitimo, otro no;
 Coronad vuestras proezas
 Con tan generosa accion.»

Así cuando en occidente
 Tras siniestro nubarron,



Un anochecer de marzo
Su lumbre ocultaba el sol,
Al pié del triste castillo
De Montiel, donde el pendon
Vencido del rey don Pedro,
Aún daba á España pavor;
Men Rodríguez de Sanabria
Con Beltran Claquin habló,
Y este le dió por respuesta
Con francesa lengua y voz:

«Castellano caballero,
Pues hidalgo os hizo Dios,
Considerad que vasallo
Del rey de Francia soy yo;
»Y que de él es enemigo
Don Pedro vuestro señor,
Pues en liga con ingleses
Le mueve guerra feroz.
»Considerad que sirviendo
Al infante Enrique está,

Que le juré pleitesía,
Que gajes me da y racion.
»Mas ya que por caballero
Venís á buscarme vos,
Consultaré con los míos
Si os puedo servir ó no.
»Y como ellos me aconsejen
Que dé á don Pedro favor,
Y que sin menguar mi honra
Puedo guarecerle yo;
»En siendo la media noche
Pondré un luciente farol
Delante de la mi tienda,
Y encima de mi pendon.
»Si lo veis, luégo veníos
Vuestro rey don Pedro y vos,
En sendos caballos, solos,
Sin armas y sin temor.»
Dijo el francés, y á su campo
Sin despedirse tornó,
Y en silencio, hácia el castillo,
Retiróse el español.

ROMANCE SEGUNDO

EL CASTILLO

Inútil monton de piedras,
De años y hazañas sepulcro,
Que viandantes y pastores
Miran de noche con susto,
Cuando en tus almenas rotas
Grita el cárabo nocturno,
Y recuerda las consejas
Que de tí repite el vulgo:
Escombros que han perdonado,
Para escarmiento del mundo,
La guadaña de los siglos,
El rayo del cielo justo:
Esqueleto de un gigante,
Peso de un collado inculto,
Cadáver de un delincuente
De quien fué el tiempo verdugo:
Nido de aves de rapiña,
Y de reptiles inmundos
Vivar, y en que eres lo mismo
De lo que eras há cien lustros:
Pregonero que publicas
Elocuente, aunque tan mudo,
Que siempre han sido los hombres
Miseria, opresion, orgullo:
De Montiel viejo castillo,
Monton de piedras y musgo,
Donde en vez de centinelas
Gritan los siniestros buhos;

¡Cuán distinto te contemplo
De lo que estabas robusto
La noche aquella que fuiste
Del rey don Pedro refugio!

Era una noche de marzo,
De un marzo invernal y crudo,
En que con negras tinieblas
Se viste el orbe de luto.
El castillo, cuya torre
Del homenaje el oscuro
Cielo taladraba altiva,
Formaba de un monte el bulto.
Sobre su almenada frente,
Por el espacio confuso,
Pesadas nubes rodaban
Del huracan al impulso.
Del huracan, que silbando
Azotaba el recio muro
Con espesa lluvia á veces,
Y con granizo menudo;
Y á veces rasgando el toldo
De nubarrones adustos,
Dos ó tres rojas estrellas,
Ojos del cielo sañudos,
Descubria amenazantes
Sobre el edificio rudo,

Y sobre el vecino campo
Del cielo entrambos insulto.
Circundaban el castillo,
Como cercan á un difunto
Las amarillas candelas,
Fogatas de triste anuncio;
Pues eran del enemigo
Vencedor, y que sañudo
El asalto preparaba
Codicioso y furibundo.

De la triste fortaleza
No aspecto de ménos susto
El interior presentaba,
Ultimo amparo y recurso
De un ejército vencido,
Desalentado, confuso;
De hambre y sed atormentado,
Y de despecho convulso.
En medio del patio ardia
Una gran lumbrada, á cuyo
Resplandor de infierno, en torno
Varios satánicos grupos
Apiñados se veían,
En lo interno de los muros
Altas sombras proyectando
De fantásticos dibujos.
Gente era del rey don Pedro,
Y se mostraban los unos
De hierro y sayos vestidos,
Los otros medio desnudos.
Allí de horrendas heridas,
Dando tristes ayes, muchos
La sangre se restañaban
Con lienzos rotos y sucios.
Otros cantaban á un lado
Mil cánticos disolutos,
Y fanfarronas blasfemias
Lanzaba su labio inmundo.
Allá de una res asada
Los restos frios y crudos
Se disputaban feroces,
Esgrimiendo el hierro agudo.

Aquí contaban agüeros
Y desastrosos anuncios,
Que escuchaban los cobardes
Pasmados y taciturnos.
Ni los nobles caballeros
Hallan respeto ninguno,
Ni el orden y disciplina
Restablecen sus conjuros.
Nadie los portillos guarda,
Nadie vigila en los muros,
Todo es peligro y desórden,
Todo confusion y susto.
Los relinchos de caballos,
Los ayes de moribundos,
Las carcajadas, las voces,
Las blasfemias, los insultos,
El crujido de las armas,
Los varios trajes, los duros
Rostros formaban un todo
Tan horrendo y tan confuso,
Alumbrado por las llamas,
O escondido por el humo,
Que asemejaba una escena
Del infierno y no del mundo.

El rey don Pedro entre tanto
Separado de los suyos,
En una segura cuadra
Se entregó al sueño profundo.
Mientras en una alta torre,
Despreciando los impulsos
Del huracan y la lluvia,
De lealtad noble trasunto,
Men Rodríguez de Sanabria
No separaba ni un punto
Del lado donde sus tiendas
La francesa gente puso,
Los ojos y el pensamiento
Ansiando anhelante y mudo
Ver la señal concertada,
Astro de benigno influjo,
Norte que de sus esfuerzos
Pueda dirigir el rumbo,
Por donde su Rey consiga
De salud puerto seguro.

ROMANCE TERCERO

EL DORMIDO

Anuncia ya media noche
La campana de la vela,
Cuando un farol aparece
De Claquin ante la tienda.

Y no mísero piloto,
Que sobre escollos navega,
Perdido el rumbo y el norte
En noche espantosa y negra,

Ve al doblar un alta roca
Del faro amigo la estrella,
Indicándole el abrigo
De seguro puerto cerca,
Con más placer, que Sanabria
La luz que el alma le llena
De consuelo, y que anhelante
Esperó entre las almenas.
Latiéndole el noble pecho
Desciende súbito de ellas,
Y ciego bulto entre sombras
El corredor atraviesa.

Sin detenerse un instante
Hasta la cámara llegó,
Do el rey don Pedro descanso
Buscó por la vez postrera.
Sólo Sanabria la llave
Tiene de la estancia régia,
Que á noble de tanta estima
Solamente el rey la entrega.

Cuidando de no hacer ruido
Abre la ferrada puerta,
Y al penetrar sus umbrales
Súbito espanto le hiela.
No de aquel respeto propio
De vasallo, que se acerca
A postrarse reverente
De su rey en la presencia;
No aquel que agobiaba á todos
Los hombres de aquella era,
Al hallarse de improviso
Con el rey don Pedro cerca;
Sino de más alto origen,
Cual si en la cámara hubiera
Una cosa inexplicable,
Sobrenatural, tremenda.

Del hogar la estancia toda
Falsa luz recibe apénas
Por las azuladas llamas
De una lumbré casi muerta.
Y los altos pilarones,
Y las sombras que proyectan
En pavimento y paredes,
Y el humo leve que vuela
Por la bóveda y los lazos
Y los mascarones de ella,
Y las armas y estandartes
Que pendientes la rodean,
Todo parece movable,
Todo de formas siniestras,
A los trémulos respiros
De la ahogada chimenea.

Men Rodriguez de Sanabria
Al entrar en tal escena
Se siente desfallecido,
Y sus duros miembros tiemblan,
Advirtiendo que don Pedro
No en su lecho, sino en tierra,
Yace tendido y convulso,
Pues se mueve y se revuelca,
Con el estoque empuñado,
Medio de la vaina fuera,
Con las ropas desgarradas,
Y que solloza y se queja.
Quiere ir á darle socorro...
Mas ¡ay!... ¡en vano lo intenta!
En un mármol convertido
Quédase clavado en tierra,
Oyendo al rey balbuciente,
So la infernal influencia
De ahogadora pesadilla,
Prorumpir de esta manera:

«Doña Leonor... ¡vil madrastra!!!
Quita, quita... que me aprietas
El corazón, con tus manos
De hierro encendido... espera,
»Don Fadrique, no me ahogues...
No me mires, que me quemas.
¡Tello!... ¡Coronel!... ¡Osorio!...
¿Qué queréis?... ¡traidores, ea!
»Mil vidas os arrancara.
¿No tembláis?... dejadme... afuera...
¿También tú, Blanca?... y aún tienes
Mi corona en tu cabeza!...
»¿Osas maldecirme?... ¡inicua!!!
Hasta Bermejo se acerca...
¡Moro infame!... temblad todos.
Mas, ¿qué turba me rodea?...
»Zorzo, á ellos: sús, Juan Diente.
¿Aún todos viven?... pues mueran.
Ved que soy el rey don Pedro,
Dueño de vuestras cabezas.
»¡Ay, que estoy nadando en sangre!
¿Qué espadas, decid, son esas?...
¿Qué dogales?... ¿qué venenos?...
¿Qué huesos?... ¿qué calaveras?...
»Roncas trompetas escucho...
Un ejército me cerca,
¿Y yo á pié?... denme un caballo
Y una lanza... vengan, vengan.
»Un caballo y una lanza.
¿Qué es el mundo en mi presencia?
Por vengarme doy mi vida,
Por un corcel mi diadema (1).

(1) Mi Kingdom for a horse.—Shakespeare.

»¿No hay quien á su rey socorra?»
A tal conjuro se esfuerza
Sanabria, su pasmo vence
Y exclama: «Conmigo cuenta.»

A sacar al Rey acude
De la pesadilla horrenda:
«¡Mi rey! ¡mi señor!» le grita,
Y lo mueve, y lo despierta.
Abre los ojos don Pedro
Y se confunde y se aterra,
Hallándose en tal estado,
Y con un hombre tan cerca.

Mas luégo que reconoce
Al noble Sanabria, alienta,
Y, *soñé que andaba á caza*
Dice con turbada lengua.
Sudoroso, vacilante,
Se alza del suelo, se sienta
En un sillón, y pregunta:
«¿Hay, Sanabria, alguna nueva?»
«Señor, responde Sanabria,
El francés hizo la seña.»
«Pues vamos, dice don Pedro,
Haga el cielo lo que quiera.»

ROMANCE CUARTO

LOS DOS HERMANOS

De Mosen Beltran Claquin
Ante la tienda de pronto
Páranse dos caballeros
Ocultos en los embozos.
El rey don Pedro era el uno,
Rodriguez Sanabria el otro,
Que en la fe de un enemigo
Piensan encontrar socorro.
Con gran priesa descabalgan,
Y ya se encuentran en torno
Rodeados de franceses
Armados y silenciosos,
En cuyos cascos gascones,
Y en cuyos azules ojos
Refleja el farol, que alumbra
Cual siniestro meteoro.
Entran dentro de la tienda
Ya vacilantes, pues todo
Empiezan á verlo entónces
De aspecto siniestro y torvo.
Una lámpara de azófar
La alumbra trémula y poco;
Mas deja ver un bufete,
Un sillón de roble toscó,
Un lecho y una armadura,
Y lo que fué más asombro,
Cuatro hombres de armas inmóviles,
De acero vivos escollos.

Don Pedro se desemboza
Y, *vamos ya*, dice ronco;
Y al instante uno de aquellos,
Con una mano de plomo,
Que una manopla vestía
De dura malla, brioso
Ase el regio brazo y dice:
«Esperad, que será poco.»

Al mismo tiempo á Sanabria
Por detrás sujetan otros,
Arráncanle de improviso
La espada, y cúbrenle el rostro.
¡Traicion!... ¡traicion!... gritan ambos
Luchando con noble arrojo;
Cuando entre antorchas y lanzas
En la escena entran de pronto
Beltran Claquin desarmado,
Y don Enrique furioso,
Cubierto de pié á cabeza
De un arnés de plata y oro,
Y ardiendo limpia en su mano
La desnuda daga, como
Arde el rayo de los cielos,
Que va á trastornar el polo.
De don Pedro el brazo suelta
El forzado armado; y todo
Queda en profundo silencio,
Silencio de horror y asombro.

Ni Enrique á Pedro conoce,
Ni Pedro á Enrique: apartólos
El cielo hace muchos años,
Años de agravios y enconos,
Un mar de rugiente sangre,
De huesos un promontorio,
De crímenes un abismo,
Poniendo entre el uno y otro.
Don Enrique fué el primero
Que con satánico tono,
«¿Quién de estos dos es, prorumpes,
El objeto de mis odios?»
«Vil bastardo (le responde
Don Pedro iracundo y torvo)
Yo soy tu rey; tiembla, alevé;
Hunde tu frente en el polvo.»

Se embisten los dos hermanos;
Y don Enrique, furioso
Como tigre embravecido,
Hiere á don Pedro en el rostro.

Don Pedro, cual leon rugiente,
¡Traidor! grita; por los ojos
Lanza infernal fuego, abraza
A su armado hermano, como
A la colmena ligera
Feroz y forzudo el oso,
Y traban lucha espantosa
Que el mundo contempla absorto.

Caen al suelo, se revuelcan,
Se hieren de un lado y otro,
La tierra inundan en sangre,
Lidian cual canes rabiosos.

Se destrozan, se maldicen,
Dagas, dientes, uñas, todo
Es de aquellos dos hermanos
A saciar la furia poco.

Pedro á Enrique al cabo pone
Debajo, y se apresta ansioso,
De su crueldad ó justicia
A dar nuevo testimonio;



Cuando Claquin (¡oh desgracia!
En nuestros debates propios
Siempre ha de haber extranjeros
Que decidan á su antojo)

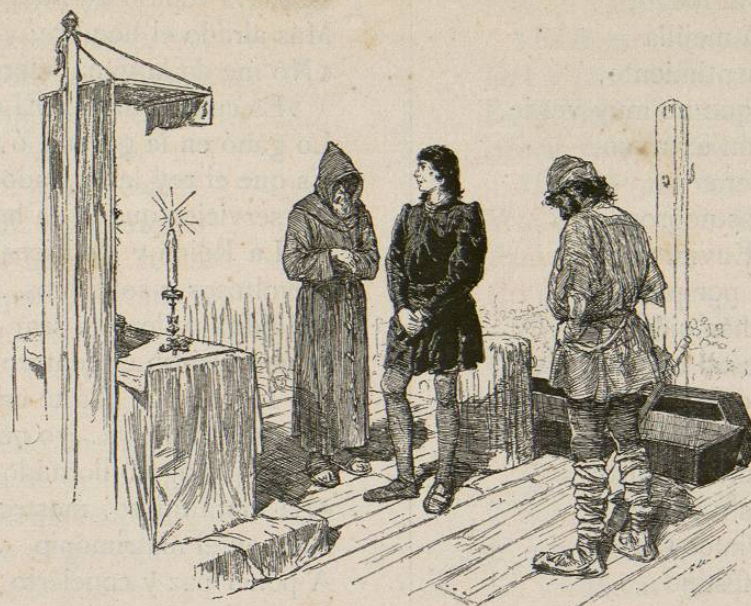
Cuando Claquin trastornando
La suerte llega de pronto,
Sujeta á don Pedro, y pone
Sobre él á Enrique alevoso,

Diciendo el aventurero
De tal maldad en abono:
«Sirvo en esto á mi señor;
Ni rey quito, ni rey pongo.»

No duró más el combate;
De su rey en lo más hondo
Del corazón, la corona
Busca Enrique, hunde hasta el pomo

El acero fraticida,
Y con él el puño todo
Para asegurarse de ella,
Para agarrarla furioso.

Y la sacó... goteando
Sangre!!! De funesto gozo
Retumbó en el campo un viva,
Y el infierno repitiólo.



DON ALVARO DE LUNA

ROMANCE PRIMERO

LA VENTA

En la ruta de Portillo
Y en las márgenes del Duero,
Hubo (aún escombros lo dicen)
Una venta en otro tiempo.

A su puerta una mañana
Estaba sentado un lego
De San Francisco, tres mulas
De los ronzales teniendo.

De la venta en la cocina
Se hallaban dos reverendos,
De una sarten apurando
Magras con tomate y huevos.

De maestro-sala servía
Sin caperuza el ventero,
Que solícito llenaba
Las tazas del vino añejo.

Era el uno el padre Espina,
Predicador del convento
Del Abrojo; el otro un fraile
Anciano, de ciencia y peso.

Aunque con buen apetito,
Mustios ambos y en silencio
Se mostraban, cuando el huésped
Les habló así con respeto:

«¿Es verdad, benditos padres,
Que el Condestable está preso?...

Anoche dió esta noticia,
Que nos pasmó, un caballero.»

Contestóle el religioso:
«Pues no os engañó, que es cierto.»

Y continuó el padre Espina:

«Sí, desengaños son estos

»Que avisan á los mortales

De que son perecederos

Los bienes que nos da el mundo,
Y su grandeza embeleco.»

El villano, sin turbarse,
Le cortó el sermón diciendo:

«Y también de que castiga
Sin palo ni piedra el cielo.

»Aún está fresca la sangre
De Alonso Lopez Vivero.

Yo estaba al pié de la torre
Cuando el Condestable mesmo

»Lo arrojó de ella; y he visto
De oro las cargas á cientos

Entrar allá en su palacio.

Dicen también, y lo creo,

»Que hechizado al rey tenía,
Y aún añaden...—No debemos,

Dijo grave el religioso,

Dar, á hablilla tal, acceso.»